
Entrevista a Antonio Martínez Sarrión

ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN. Poeta (El centro inaccesible, 1981), traductor y ensayista (La cera que arde, ...), acaba de publicar su segundo libro de memorias: *Una juventud* (Alfaguara, 1997), en donde prosigue su proyecto de dar testimonio de su infancia y juventud en una ciudad de provincias —primero fue Albacete, ahora Murcia—, y en unos años difíciles y sometidos, pero, en cualquier caso, los de un joven: ¿infierno?, ¿paraíso? La prosa de Martínez Sarrión es, en todo, la de un poeta.

UNIDAD DE ESTUDIOS AUTOBIOGRÁFICOS: En un principio pensaba titular su libro "Vuelos rasantes". Finalmente se ha publicado con un epígrafe más neutro: *Una juventud*. ¿Podría explicarnos el motivo del cambio?

ANTONIO MARTÍNEZ SARRIÓN: No sólo barajé ese título: "Vuelos rasantes" sino cuatro o cinco más que, reflexionados y hasta consultados, acabé desechando. En todos ellos, no es cuestión de enumerarlos aquí, asomaba un elemento central en la caracterización de la época que abarca ese segundo tomo de memorias: la estrechez de horizontes, conectada no ya a desenvolvimientos personales y de contacto que siempre ocurren, sino de aislamiento informativo y cultural muy acusado por motivos de censura periodística, teatral y cinematográfica, la protesta respecto a la cual constituía simplemente un delito.

Por fin me decidí a titularlo *Una juventud*, frontispicio en apariencia más neutro y más individualizado que otro posible: "Nuestra juventud" que se me antojaba arrogante y abusivamente generalizador, amén de haber sido utilizado por Charles Peguy, en una de sus obras centrales.

UEB: Usted se ha centrado en un periodo decisivo en la vida de todo ser humano: la adolescencia y la juventud, que suelen corresponderse con las etapas de formación y crecimiento. Desde su llegada a la Universidad de Murcia para estudiar leyes hasta sus primeros pasos en Madrid, solo, en el año 63. Y parece guardar una memoria prodigiosa de aquellos años: hechos, nombres, lugares, pero también miedos, sensaciones, tanteos, descubrimientos... ¿Qué significó la juventud para Antonio Martínez Sarrión?

AMS: Significó a la vez, y esto es sólo perceptible desde la altura de la edad en la que está escrito ese texto, un periodo eufórico y compartido en muchos niveles: de discipulado, de amistades muy profundas, de primeros amores serios, de empresas y tanteos en el mundo de la cultura, lo cual fatalmente se solapaba a un tiempo histórico español rechazable a causa de su iniquidad, sus represiones, trampas, anacronismos y perversiones. Acaba uno aceptando que esas dos

dimensiones aparecerán ya para siempre con sus claroscuros. Los aspectos sombríos intentábamos salvarlos a través de una esperanza basada en buena parte en la pura biología e ímpetu de la juventud. Si a los discrepantes nos hubieran dicho que en el 59-60 quedaban aún 15 años de dictadura, tal vez no nos hubiéramos suicidado, pero sí sufrido una depresión seria. Por fortuna no podíamos adivinarlo, y esa ignorancia, mal o bien, nos permitió funcionar. Curiosamente, y sin que en esto intervenga sólo la edad, con mayor ilusión que ahora. También con dosis más alta de maniqueísmo.

UEB: Su proyecto autobiográfico es de largo alcance: ésta es la segunda entrega pero falta mucha vida todavía por escribir. ¿Piensa seguir con sus memorias? ¿Qué hay en el fondo de esa voluntad de registrar con todo detalle la propia experiencia? ¿Es una moda y, por tanto, hay que dejarse llevar; es una necesidad; hay un sentimiento de nostalgia, de orgullo, de satisfacción?

AMS: No estoy nada seguro acerca de la continuidad de mi empresa memorialística. Me parece que en esa voluntad de registro, balance, de testimonio, de recreación narrativa y de reflexión sobre una vida hay, ante todo, un intento de conseguir, en algún tramo, en alguna página, una escritura transitiva y elaborada con voluntad artística que funcione en dos niveles al menos: el de información y deleite a un potencial y nada seguro lector curioso del presente y del futuro, de la presencia de un español de mis características en una época, la segunda mitad del siglo XX, proporcionándole parecida satisfacción a la que yo he sentido al transitar por escritos de estas características y en todas las culturas en que el género del "yo" se cultivó.

El segundo nivel tendría que ver, tal vez, con el esfuerzo estilístico, lo más empeñado posible, a fin de que la literatura cumpla su función para mí esencial: el gusto por la vuelta atrás y la relectura, la detención en esa embriaguez del ritmo de las palabras convenientemente articuladas y con la música justa, que se solapa a las resonancias evocadoras que a la vez lo fónico y lo reminiscente hacen aflorar en el lector y que va más allá de los ingredientes argumentales, de peripecias, aconteceres más o menos extraordinarios, inexplicables o dramáticos que toda narración y en grado creciente la ficción de nuestros días parece

obligado que contenga.

UEB: La última frase del libro nos ha impresionado mucho: al principio parece dicha como al paso, con cierta dejadez digna y, sin embargo, encierra un juicio que abarca toda su vida y que parece tener mucho de verdad, de verdad íntima. ¿Es así?

AMS: Pudiera serlo. Se me ha señalado ya por algunos lectores atentos. Pero he de confesar que esa posible síntesis fulgurante del remate libro, no fue muy deliberada. Sin duda, con la astucia que dan los años, lo leído y lo escrito, debió de rondarme por dentro y en algún nivel consciente o preconsciente, la importancia de ofrecer un final eficaz, brillante incluso, al relato. Pero se situaba en planos más retóricos que existenciales. Si se ha llegado más hondo no puedo expresar sino alegría y constatar una vez más, que no todo es controlable en un libro escrito, sin embargo, con extremo cuidado y lentitud hasta el punto de haber requerido cuatro redacciones: muchos cambios estructurales y léxicos, en forma de adiciones y eliminaciones. Como sabe todo escritor, estas últimas son las más difíciles y costosas de efectuar.

UEB: En su recuerdo de aquella etapa juvenil, nos ha parecido ver una mezcla curiosa de libertad —la libertad se descubre como aventura y como programa— y sentido del deber. ¿Es cierto?

AMS: Tengo la impresión de que he adelantado la respuesta a esta pregunta, que me parece muy sagaz, en la cuestión 2. Con respecto al juego entre libertad y sentido del deber, la percepción de este último en el texto pudiera leerse como residuo de una educación puritana y estricta tal como se estilaba en los hogares pequeño-burgueses y católicos tradicionales como era el mío, apuntalado por el talante rigorista de la "educación", y eso que tuve la suerte de frecuentar la "pública" menos nociva y tenebrosa que la impartida por religiosos y religiosas del tiempo. La única libertad se iba encontrando a tientas y torpemente entre los compañeros y amigos de infancia, adolescencia y juventud. Con la excepción de pocos —puedo contarlos con los dedos de una mano— maestros. A éstos había que buscarlos en libros difíciles de adquirir por lejanos, caros, prohibidos o en los "infiernos" de las bibliotecas, y estos últimos siempre y cuando se hubieran salvado de la quema en el sentido literal del término. Júzguese: se

consideraban auténticas drogas fuertes, una especie de opiáceos de aquel tiempo, no sólo ya Neruda o Maiakovsky, sino Montaigne, Baroja, Unamuno, Ortega, Lorca o Proust.

UEB: Usted entiende la literatura (o la música, o el cine, o los amigos) no sólo como una de las Bellas Artes, es decir, pura contemplación, sino que contiene una virtud revolucionaria, es una manera de entender la vida: sensibilidad e imaginación encuentran en la literatura, en el arte, un espacio privilegiado. Pero está lo demás, y... ¿cómo combinarlo?

A.M.S.: Entre las categorías enunciadas aparece una que no condice con las artes en sentido estricto: la amistad. Pero podrían agregarse otras: el amor, la solidaridad, el civismo, la convivencia dialogante en los diferentes circuitos en que cada uno nos movemos. Las emociones, los sentimientos, las elecciones, los azares. En resumen cuanto compone la vida. Pues bien, en mi caso, el asunto de la combinación tiende a este resultante: una deseable transfiguración literaria de la experiencia en que se basa toda escritura

artística, donde entran hermanados los componentes de la "vida" (que, no se olvide, siempre aparece encuadrada en una cultura, en un momento de la historia) y aquellos que podríamos llamar sus enunciados simbólicos que constituyen, desde mi niñez, un universo o parcela de atención tan necesarios como el agua y que se resuelven en las *poiesis* artísticas, en las humanidades y en el pensamiento.

UEB: ¿Cuáles son sus libros de memorias preferidos?

AMS: Para no hacer interminable la lista voy a enumerar, dentro exclusivamente de lo que se consideran "memorias" o "autobiografías" tres piezas extranjeras y tres españolas.

A. *Memorias del Duque de Saint-Simon. Confesiones de Rousseau y Las palabras* de Sartre.

B. Los volúmenes II, III y IV de *Desde la última vuelta del camino* de Baroja. *Automoribundia* de Ramón Gómez de la Serna y los tres tomos de memorias de Carlos Barral.